

ASÍ BAJARON LOS PERROS, por Manuel Moreno Jimeno.—Cía. de Impresiones y Publicaciones. Lima.

Jean Epstein manifestaba en su conocido libro «*La Poesía de hoy*» que «la metáfora es sólo la mitad de la poesía». La otra mitad es la que le faltaba o le falta casi a todos los poetas metafóricos. Felizmente, entre los escritores que van surgiendo en la actualidad y que están sacudidos por un «elan» de diferenciación y abandono de las «normas consagradas», la metáfora ha quedado circunscrita a su densidad necesaria. Ya no vemos, en los jóvenes que recién se inician, como algunos años atrás—no muchos—libros ejecutados en una yuxtaposición de metáforas, o poemas. Estos, daban la sensación de un cesto repleto de manzanas u otras frutas, superpuestas. O más bien, de una escalera, donde los peldaños se sucedían a los peldaños. Generalmente, el último era el más brillante de todos, el mejor concluido, el más cuidado. Pero el lector llegaba cansado, tal vez aburrido, si era capaz de terminar la ascensión o descenso dentro de la dimensión del poema. Casi no ha habido escritor en verso en el país que haya sentido un auténtico afán palingnésico y no haya devenido en constructor de poemas metafóricos más o menos felices. Las metáforas sorprendentes se sucedían con tanta frecuencia que se hacían inveteradas, llegando a perder todo su sortilegio de maravilla. El lector acostumbróse a esta gimnasia de lo extraordinario en la expresión metafórica—brillantes luces efímeras—pero a menudo escasas de definida significación poética. Confundíase lo exterior, el ropaje, lo pintoresco, con lo esencial y profundo; confundíase la corteza con el fruto, pues, raramente estos factores se aunaban, exteriorizándose en totalidad, es decir, se amalgamaban para completar su verdadero destino poético; confundíase la metáfora con la poesía, creyendo que aquélla era ésta. El lector acostumbróse, y, como toda costumbre, lo saturó, hastiándolo.

No tan sólo en Chile, sino en toda Latino América—hasta

donde alcanza nuestro conocimiento a la distancia—ha ocurrido lo mismo. Pero los escritores que en verdad tenían un mensaje que entregar, los hombres que sentían la necesidad de vaciar su hervor íntimo, su opulencia subjetiva, han abandonado, o, más bien dicho, reducido, el elemento metafórico de su vehículo expresivo. Entre los mejores, por ejemplo, Díaz Casanueva en Chile, a quien consideramos uno de los más altos poetas del país, el artista lírico que ha sabido tal vez disciplinar con mayor inteligencia su sensibilidad; José Varallanos, en el Perú, etc.

Compatriota de este último es Manuel Moreno Jimeno que ha publicado recientemente su primer libro lírico: «*Así Bajaron los Perros*», nombre un tanto curioso y que tiene más relación con la dedicatoria: «Para X. X. estos ladridos» que con el contenido del volumen, que está ausente de perros y también, de la más bulliciosa manifestación de vitalidad de éstos. Manuel Moreno, en su obra primeriza, también ha sabido limitar el uso de la metáfora y no la agita como una bandera esencial.

Suponemos todavía muy joven a Manuel Moreno Jimeno. Su nombre es primera vez que cruza nuestras lecturas, no obstante conocer más o menos de cerca el movimiento literario nuevo del Perú; pero es necesario hacerlo destacar, acaso no tanto por lo que representa en la actualidad como exteriorización lírica, sino por lo que deja sugerir en cuanto a próximas realizaciones en este género literario.

Moreno Jimeno no domina aún su lenguaje ni es capaz de coordinar su sensibilidad: aquél, todavía impreciso, insuficiente para expresar el aliento creador; ésta, dispersa, vacilante, en pos del cauce que aun no abre su presencia acogedora. Es cierto lo dicho; mas, es innegable que de manera aislada, en varios de sus poemas Manuel Moreno Jimeno acusa un temperamento en una intensa aspiración de desarrollarse en plenitud. Tiene aptitudes. Debe corregirlas, ampliarlas, controlarlas. Puede ser un poeta. No es poca cosa. Aunque se sonría el «nigaud».—ARTURO TRONCOSO. \